

*El exilio español en la Argentina
y el Cono Sur, 1936-1975
Presentación*

BEATRIZ FIGALLO
Directora del Doctorado en Historia
USAL

El exilio acompaña a la sociedad desde sus orígenes. Reflejado en el Antiguo Testamento y ejercido, tanto por egipcios e hititas como por griegos –con el asilo en lugares inviolables– y romanos –utilizado incluso como mano de obra–, aquel incipiente modo de defensa de los derechos fundamentales del ser humano surgió con un perfil que entramaba lo sagrado, lo social y lo político. Si en la Edad Media se acentuó su carácter religioso, codificándose en concilios que permitían su concesión en iglesias, conventos, monasterios, universidades, la estructuración del Estado Moderno propició una secularización que lo dotó de mayor significación política al emanar de prerrogativas

reales y otorgar inmunidad en las nacientes sedes diplomáticas, concediendo asilo a los perseguidos, tanto en aquellos recintos como en territorios de refugio.

Constituyéndose en mecanismo que disciplinaba, apartaba, resguardaba y controlaba, los procesos de exilios y asilos forman parte de la historia de la América del Sur, y lo son de un modo muy rico: los desplazamientos forzados que empujaban a los rebeldes, reos de inespecíficos delitos políticos, fuera de los lindes convencionales erigidos tras las independencias, contribuyeron a formar las emergentes identidades nacionales diferenciadas, a gestar el ser extranjero en los antiguos dominios españoles y portugueses, y favorecieron la circulación de ideas y distintas visiones de país. En el establecimiento de un ideal orden de convivencia, buscaron también erradicar las penas de muerte en las luchas civiles decimonónicas, al tiempo que ejercitaban la cooperación jurídica interregional, contribuyendo a sentar principios como la no intervención, la extraterritorialidad y el amparo de refugiados. Tanto más se puede decir de Europa, expulsora de sus ciclos revolucionarios en apremiantes traslados de emigrantes que no cejaban en consumir los regresos para luchar por la libertad de sus patrias. España misma arrojó fuera de la península ingentes cantidades de población, producto de las guerras civiles carlistas del siglo XIX y de los movimientos por establecer el sistema republicano, siendo el Cono Sur americano un destino preferente de aquel destierro, donde los antecedentes de su práctica se remontaban al período colonial.

Las crisis globales del siglo XX le otorgaron un trágico protagonismo a los exilios. En el convulso y extendido escenario mundial, un nudo de extraordinaria centralidad lo constituye la expatriación que habrían de sufrir los españoles cuando la ofensiva de parte de sus Fuerzas Armadas contra la II República desencadenó una guerra interna que acabó con la derrota de la experiencia democrática y la instauración de un régimen de matriz autoritaria comandado por el general Francisco Franco. La historiografía dispone ya de un caudal más que importante de aportes que han permitido mostrar y reconstruir aquella expulsión masiva de población que generó el triunfo de los nacionales, pero el universo a

ser conocido encuentra aún múltiples derroteros que emprender. Están los investigadores españoles que han realizado aportes indispensables, y desde hace décadas propician y gestionan asociaciones, cátedras, publicaciones, proyectos y grupos de estudio e investigación, están los protagonistas y sus descendientes, impulsores de encuentros y agrupaciones, rescates de memoria, divulgación de testimonios en diferentes formatos, que mantienen vigente un pasado que se proyecta al presente y al porvenir. La recepción de los refugiados del 39 en el extremo austral de América ha sido motivo, asimismo, de creciente atención: lo fue coetáneamente a los hechos, cuando los españoles se insertaron en las sociedades de acogida –cercanas patrias que a la vez albergaban un significativo sustrato étnico de migrantes antiguos y recientes– reflejando en la política, en la prensa, en la literatura, en las instituciones regionales una presencia doliente que, aunque vencida, no se mantuvo en silencio, y lo viene siendo también desde hace años, cuando historiadores especializados en migraciones, en transferencias culturales, en historias transnacionales y conectadas de los tiempos más contemporáneos, en los vínculos bilaterales de cada una de las repúblicas sudamericanas con España, han indagado sobre esos exilios.

Esta entrega especial de *Épocas*, la revista de historia de la Universidad del Salvador, se dedica a difundir trabajos que estudian facetas novedosas de ese fenómeno, y lo hace con abordajes que contemplan desde el momento mismo en que la diáspora republicana lanza a cientos de miles de ciudadanos fuera de España, logrando algunos de ellos encontrar refugio y protección en el Cono Sur. La persecución inicial del franquismo, orquestada por el régimen a través del Ministerio de Asuntos Exteriores, del Consejo de la Hispanidad, del Servicio Exterior de la Falange o de sus diplomáticos, es trabajada por Elena Romero que, aunque hace foco en procedimientos llevados adelante en Chile por aquellos brazos ejecutores del castigo a los enemigos políticos, se extiende hacia la Argentina y también Uruguay. Aplastada la disidencia interna, con el objetivo de neutralizar la eficacia de la oposición externa, los exiliados serán sujetos de vigilancia, seguimiento, delación y control, acciones en las que los órganos policiales locales e, incluso, personajes políticos

conservadores otorgaron apoyo con el ínsito propósito de esos sectores de contener una posible expansión del comunismo. Busca también este número monográfico avanzar en la indagación de los cambios que se produjeron en aquel exilio cuando el régimen franquista aseguró su continuidad y permanencia al compás, tanto del ordenamiento geopolítico impuesto por la Guerra Fría como de su modelo eficaz de desarrollo económico que pretendía ser un sustituto de la política, revistiéndose de condiciones que ayudan a explicar su supervivencia hasta la muerte de Franco en 1975. Para entonces, la adhesión de grupos y sectores dirigentes sudamericanos a aquella remozada España había erosionado las estrategias de resistencia de mucho del exilio anti-franquista, replicado en distintas agrupaciones políticas y partidarias nacionales. Atravesando esas etapas históricas del régimen español, la atención a la problemática de los exilios se prolonga incluso en los años de la transición como lo demuestra el artículo de Silvina Jensen que, merced a un serio análisis de prensa española, identifica las percepciones e imágenes de los exiliados que portaban los principales órganos periodísticos de los años en los que España buscaba construir una democracia. Ello la habilita a reflexionar sobre la transformación operada en la consideración del exilio de denuncia y confrontación encarnado por los líderes republicanos históricos, devenido en una envejecida alternativa para el nuevo escenario institucional en transformación, primando su cristalización como sujetos de memoria u objetos de honorabilidad fundacional, pero políticamente inoperante, situándolo en el mismo momento en que la persecución del terrorismo de estado en la Argentina empujaba rumbo a España a un importante contingente de exiliados.

Otros cuatro artículos entregan investigaciones que combinan conocimiento riguroso de la más reciente bibliografía especializada con manejo de relevantes fuentes primarias, en particular documentación española y argentina. Nadia De Cristóforis analiza el exilio gallego y su inserción en diversas entidades étnicas, tales como la Federación de Sociedades Gallegas y el Centro Gallego de Buenos Aires. El estudio se adentra en las posiciones asumidas por la dirigencia de la importante entidad mutualista que fue símbolo americano de la emigración, de un

neutralismo atento a la evolución del conflicto en España, a la defensa del republicanismo acosado, para derivar hacia un nuevo apoliticismo según avanzaba la década de 1940, que recogía el progresivo acercamiento al gobierno de Franco, propiciado, tanto por la embajada en Buenos Aires como por las convicciones, los intereses y el pragmatismo de algunos socios que hacían oír sus voces, cuando no por una extendida indiferencia que ganaba a los gallegos instalados en la Argentina. Repara también en las acciones desplegadas por los exiliados dentro de la institución en los años de auge de identificación con la República y reivindicación del galleguismo, resaltando las figuras de Luis Seoane y Alfonso Castelao, así como la decreciente posibilidad del exilio de seguir manteniendo presencia y visibilidad en la institución.

La contribución de Miguel De Marco, hijo, se encamina a resaltar la relación mantenida entre el matemático Julio Rey Pastor, considerado el mayor impulsor de la ciencia española después de Marcelino Menéndez y Pelayo, con el accionar del catedrático rosarino Cortés Plá, hijo de padres españoles y cercano a los sectores del liberalismo y del republicanismo español en Rosario, empeñado en engrandecer a la flamante Facultad de Ciencias Matemáticas, Físico Químicas y Naturales aplicadas a la Industria de la Universidad Nacional del Litoral (UNL). Rey Pastor estaba vinculado académica y personalmente a la Argentina desde principios de la década de 1920 y, tras asumir Plá el decanato en 1934, lo convocó como su asesor con la intención de fomentar un polo científico en la ciudad. Tras la Guerra Civil, Rey Pastor optó por quedarse en Buenos Aires –donde había formado familia– y se dedicó a apoyar a jóvenes matemáticos republicanos expulsados del franquismo, favoreciendo su inserción en universidades argentinas, entre ellas, la UNL. Así como se incorporaron Luis A. Santaló y Ernesto Corominas a la facultad, la sede universitaria de Rosario también recibiría a otros perseguidos del fascismo de Mussolini, los italianos Aldo Mieli, para quien se creó el Instituto de Historia y Filosofía de la Ciencia, y Beppo Levi, nombrado director del Instituto de Matemática.

Bárbara Ortuño Martínez recapitula distintos momentos en que se produjeron las salidas de españoles como consecuencia de la Guerra

Civil, advirtiendo también el declive del papel opositor del exilio. Su artículo incursiona por lo que denomina como “segunda etapa” del exilio republicano de 1939 en la Argentina; este comparte rasgos comunes con otros destinos exiliares, que incluían los enfrentamientos producidos por la división de los partidos de izquierda o el envejecimiento y muerte de algunas de sus figuras más representativas. El trabajo enfoca, además, las vicisitudes de la comunidad exiliada a lo largo de la década de 1950, en particular las tensiones vividas en el Centro Republicano Español de Buenos Aires. Su estudio revela la interacción que se produce entre las notas particulares que otorga el contexto político argentino con la propia composición de la colonia española republicana, especialmente notables durante los años de la denominada “Revolución Libertadora”, donde los que se habían exiliado en su niñez y los de la generación de los hijos muestran renovados impulsos de prácticas, proyectos y discursos encaminados a tomar el relevo antifranquista dentro de la colectividad.

Beatriz Figallo investiga esa etapa posterior del exilio en la Argentina, la que se abre con la llegada a Buenos Aires en 1955 como embajador de España de José María Alfaro Polanco, un falangista histórico, amigo personal de José Antonio Primo de Rivera, subsecretario de Prensa y Propaganda del ministro de Gobernación Ramón Serrano Suñer, a la vez que periodista y escritor retórico que había compartido luchas políticas y afanes poéticos con algunos destacados republicanos, luego expatriados. Sorteando un clima adverso que grupos liberales y de los tradicionales partidos políticos afines a la República Española supieron manifestarle al régimen franquista tras el derrocamiento de Perón, su protagonismo por más de quince años de gestión al frente de la representación diplomática le permitieron crear un clima de sintonía política, cultural y social tendiente a revitalizar la coincidencia hispano-argentina, esta vez centrado en la eficacia de las relaciones económicas. Aunque para entonces España estaba en camino de lograr su plena aceptación en gobiernos y foros globales, lo que le facilitaría el respaldo de instituciones económicas internacionales para salir de la bancarrota económica e iniciar un rápido proceso de desarrollo, el régimen siguió

persuadido de la necesidad de reprimir el disenso externo; de allí que el control del exilio continuó siendo una política necesaria. Las campañas propagandísticas del embajador Alfaro en la Argentina fueron intensas y sobrepasaron las fronteras, valiéndose de sus vínculos sociales y literarios y de sus afinidades ideológicas con funcionarios –civiles y militares– de todos los gobiernos que se sucedieron hasta 1971; fue especialmente notable la embestida contra el presidente de la República en el exilio entre 1962 y 1970 y entonces residente en Buenos Aires, su antiguo adversario de la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid, Luis Jiménez de Asúa.

En las vísperas del 80 aniversario del inicio de la Guerra Civil Española, este dossier entrega seis trabajos originales que evocan la experiencia plural de los exilios que generó en la Argentina, en Chile y en la región aquel conflicto de honda repercusión humana y representatividad político-ideológica, reflejos de renovadas líneas de investigación de sus autores que auguran la vitalidad y la persistencia de un interés científico y social por conocer más y mejor aquella historia compartida. *é*

